

Las cárceles están abarrotadas de obreros anarquistas. Los Tribunales de urgencia vomitan sentencias sin cesar. Gobierna Lerroux... Frente Obrero contra la reacción.

Organo de la Federación Comunista Ibérica y Portavoz del Bloque Obrero y Campesino

ANTE EL PORVENIR

Las etapas de la Revolución española

Nuestra revolución ha tenido tres etapas bien diferenciadas que corresponden al ascenso, y comienzo del declive.

La revolución comienza en 1930 al caer Primo de Rivera. La dictadura se hunde a causa de la grave crisis económica y por la presión revolucionaria de las masas obreras y campesinas. Durante el año 1930, sobre todo en su segunda mitad, la movilización de las masas trabajadoras adquirió una amplitud formidable. La división histórica de los obreros españoles desapareció. La unidad de acción se hacía intuitivamente. Este frente único práctico por parte de la clase trabajadora condujo a la insurrección de diciembre de 1930 y unos meses después a la proclamación de la República.

El ritmo ascendente de la Revolución se mantuvo durante todo el año 1931 y una parte de 1932. La clase trabajadora quiso hacer la revolución ella, directamente. Las Cortes Constituyentes fueron frenando el movimiento revolucionario. El Parlamento que había nacido como una esperanza se convirtió en un obstáculo. Los problemas fundamentales de la revolución eran ahogados, retrasados, deformados en las Cortes. La clase trabajadora empezó a perder confianza en el Parlamento.

Fue ese el instante que la contrarrevolución utilizó para lanzarse al asalto. Creyó que el movimiento obrero, defraudado, no se movería. Se equivocó, sin embargo. La insurrección de Sanjurjo fue estrangulada por la clase trabajadora.

Entonces, después del golpe de Sanjurjo fracasado, precisaba dar un gran salto adelante. Los socialistas tenían que haber tomado íntegramente el Poder, desplazando a los pigmeos pequeño-burgueses que estaban a su lado. Había llegado el momento de llevar a cabo la verdadera revolución. Bastaba entonces con levantar el freno del Parlamento y dejar hacer. En unas semanas el panorama social hubiese sido completamente diferente. Mas no fue así. El socialismo reformista por un lado, y por otra parte, la inseguridad del sector obrero anarco-sindicalista hicieron que se malograra una ocasión histórica que difícilmente había de repetirse.

Y empezó la segunda fase. La reacción, al constatar que no había sido extirpada violentamente, empezó a movilizarse y accionar en el terreno parlamentario y extraparlamentario contra las fuerzas verdaderamente revolucionarias. Se inició como consecuencia un ascenso reaccionario y un estancamiento de la acción revolucionaria. El año 1933 ha sido el año de la ofensiva contrarrevolucionaria que ha ido intensificándose a medida que se ganaba una batalla después de la otra. Empezó con el «putsch» faista del 8-12 de enero. Casas Viejas sirvió de bandera levantada contra los socialistas. El «putsch» del 8-12 de enero fue un fracaso anarquista, pero constituyó una gran victoria para la reacción. La clase trabajadora quedaba más dividida, más fraccionada.

Desde Casas Viejas la reacción avanza a paso de carga. Luego vienen: triunfo electoral en abril; debilidad parlamentaria del bloque republicano-socialista; crisis de junio; triunfo de las derechas, en septiembre, en las elecciones para el Tribunal de Garantías; caída de Azaña y formación de gobierno Lerroux primero, y Martínez Barrios, después; disolución del Parlamento; victoria de las fuerzas reaccionarias; catástrofe de los partidos pequeño-burgueses; nuevo «putsch» de la F. A. I.; estado de alarma en toda España; formación del gobierno Lerroux como puente para pasar a una situación derechista; golpe de Estado por una serie de etapas sucesivas.

Esta fase de ascenso revolucionario ha adquirido formas concretas y grandes proporciones en esta primera quincena de diciembre.

Empieza ahora la tercera fase. Las fuerzas reaccionarias, que quieren hacer marcha atrás tienen

en sus manos el poder: presidencia de la República, Parlamento, Consejo de Ministros, dirección de Policía, Ejército, etc. Es decir, todo el aparato del Estado.

En estas circunstancias no hay necesidad, por ahora, de un golpe de Estado militar. ¿Para qué? El golpe de Estado se da en frío. Empezó, de hecho, en junio cuando el presidente de la República exigió la dimisión del ministro Azaña.

Las Cortes reaccionarias servirán para ir demostrando lo poco que en sentido progresivo habían hecho las Cortes Constituyentes.

El aparato represivo del Estado será fortalecido. Se colocarán en los puntos de responsabilidad a elementos destacados de la gran burguesía.

El Gobierno Lerroux dentro de algún tiempo será sustituido por otro de Maura, Cambó, Gil Robles.

La contrarrevolución tendrá ahora un instrumento dócil con el que poder imponerse manteniendo la apariencia constitucional, el Parlamento.

La situación derivaría, necesariamente, hacia una opresión total de la clase trabajadora, anulando absolutamente todas las mejoras democráticas, si la clase trabajadora se mantiene en la pasividad y permanece dividida.

En esta tercera etapa que la contrarrevolución considera como la fase de su triunfo absoluto, el movimiento obrero puede y debe reconquistar posiciones que ha perdido, unificando su acción y moviéndose con arreglo a una política justa.

Unificar la acción quiere decir Frente Único Obrero.

Hacer una política revolucionaria justa significa corregir los errores cometidos por el socialismo reformista, por el anarco-sindicalismo y por el partido comunista oficial.

Estamos en un momento de gran plasticidad política. Vemos cómo se liquidan viejos partidos y nacen otros nuevos.

La clase trabajadora, al unificarse, puede y debe dar vida a una nueva forma de organización, que integrando a la gran mayoría de la clase trabajadora la conduzca al triunfo.

JOAQUIN MAURIN

FIN DE UNA COMEDIA

LA REFORMA AGRARIA CATALANA

Como presumimos—y en su debido tiempo ya lo denunciaremos—, el proyecto de ley sobre contratos de cultivo presentado por la Comisión especial dictaminadora al Parlamento de Cataluña, ha servido única y exclusivamente como plataforma electoral.

Cuando leímos el proyecto quedamos estupefactos ante la falta de escrúpulos que significaba explotar la buena fe de los campesinos suscribiendo un dictamen que luego había de ser cotizado como una vil mercancía en el mercado electoral, sabiendo de antemano que en la hora de darle fuerza de ley pasaría a mejor vida.

Comedia, burla comedia, que si bien al primer impulso mueve a reírse, esta risa trócase en justa ira, en legítima indignación, en el momento mismo en que se tiene en cuenta que la farsa se lleva adelante a costas de los camaradas campesinos de toda Cataluña.

A últimos de abril o primeros de mayo del corriente año—el proyecto lleva fecha 29 de abril—el Gobierno de la Generalidad por boca de su Consejero de Justicia, dió lectura, en el Parlamento, de dicho proyecto de ley.

Lo analizamos someramente y lo combatimos con dureza oportunamente, por ser su contenido completamente anónimo, de un color de rosa pálido cual las imaculadas hojas de «El Matín», como producto que era de unos soberbios contrarrevolucionarios que el señor Maciá había introducido en la Comisión Jurídica Asesora.

La protesta de los campesinos fue unánime e hizo estremecer el podrido andamiaje del partido gobernante. En vista de lo cual Maciá mandó a sus sacristanes a calmar el oleaje enfurecido de la campaña catalana. El proyecto era eso, un proyecto. La ley sería otra cosa. Las ansias emancipadoras que latieran en el corazón del campesinado catalán serían colmadas. La revolución en el campo, sin salirse de los cauces jurídicos, sería un hecho feliz; etc., etcétera.

La Comisión dictaminadora se olvidó, o punto menos, del proyecto. Hasta llegar al 31 de octubre se reunió un par de veces para elaborar el dictamen, siempre tomando como base la discusión, naturalmente, aquel proyecto de ley color de rosa que había merecido la aprobación del Gobierno y por el patrocinado.

Pero llegado el último día del pasado mes de octubre, reunióse urgentemente la Comisión y los diputados de la oposición se encontraron con que los de la mayoría, de la Esquerra, presentaban un dictamen cuya redacción era completamente inédita. Y, además, con unas prisas extraordinarias, desacomunadas, querían obligar a los restantes diputados de la Comisión a que se avinieran a no demorar por más de dos días el examen y discusión del dictamen en el seno de la misma.

El dictamen, o mejor, el nuevo proyecto de ley de contratos de cultivo fué leído en la sesión del mismo día en que el Parlamento acordó suspenderlas con motivo de las elecciones del 19 de noviembre.

¿Qué había pasado? En las altas esferas del partido de la Esquerra de Cataluña cundía el pánico ante los fundados presentimientos de una derrota electoral. Los votos de los tenderos y de la clase media en general se daban como perdidos y en favor de la Lliga. No se podía contar con los de la clase obrera ante la formidable campaña abstencionista de la F. A. I., por una parte, y la voz de alerta del Bloque Obrero y Campesino, por otra.

Quedaba una última esperanza. Los rabassaires, los campesinos, la clase trabajadora del campo. Para captarlos era necesario ponerse a tono con sus vibraciones, con sus sentimientos de clase, netamente revolucionarios.

Y fué echado el anzuelo. El señor Maciá encargó al diputado de la Unión Socialista, Comorera, para que redactara un nuevo proyecto de ley de Contratos de Cultivo que pluguiera en toda su extensión a las más atrevidas aspiraciones de los trabajadores de la tierra. Comorera se avino a la maniobra. Cumplido el encargo, fueron llamados los diputados de la Esquerra que forman parte de la Comisión. Se les ordenó que firmaran, como dictamen, el nuevo proyecto; que así convenía a la salud del partido ante las elecciones; que verificadas éstas todo se arreglaría, anticipando la promesa de que para entonces se haría lo conveniente para que del dictamen no quedarán ni las cenizas.

Y esto es lo que, en efecto, ha ocurrido. En la sesión del 12 de este mes se dió sepultura, de manera alevosa, al proyecto de ley agraria. Inició la farsa Carreras y Artau, lo secundó Corominas y se encargó del papel de comparsa el rabassaire vergonzante señor Riera. Sin la más leve protesta ni siquiera por parte de los diputados de la U. S. C. (¡claro!), fué suspendida la discusión del proyecto.

A los pocos días, Cerezo, presidente de la Comisión, declara a los periodistas «como que se habían presentado muchas enmiendas, el dictamen había sido retirado».

Trotsky, en su «Historia de la Revolución rusa» escribió esta frase lapidaria: «Que una clase se encargue de resolver los problemas que interesan a otra es una de esas combinaciones propias de los países atrasados.»

Nada más cierto. Y aún podemos añadir: Si no abandonamos presto esas vanas ilusiones que hacen que confiamos como unos benditos en la falacia de esos partidos sin escrúpulos que a título de «obreristas» y «protectores de humildes» se valen de las mismas fuerzas revolucionarias para extrangular la revolución, estamos irremisiblemente perdidos.

¡Campesinos catalanes! Basta ya de farsas. Ved cómo nuestros camaradas del resto de España se agrupan en torno de sus organizaciones políticas y sindicales netamente de clase y netamente revolucionarias. Abandonad de una vez para siempre a ese partido de Esquerra de Cataluña que tanto daño hace y viene haciendo a nuestra causa en particular y a la de la revolución en general, e incorporaos sin titubeos a las falanges imponentes del proletariado. Hagamos el Frente Único. ¡Por el pan, por la tierra, por la libertad!

INDIGETA

FRENTE ÚNICO OBRERO

LA ÚLTIMA EXPERIENCIA DE LA F. A. I.

La tragedia de nuestro movimiento obrero reside no sólo en el hecho de su fraccionamiento, sino también en el hecho de que existe un importante sector obrero, impulsivo, sin control posible, que se lanza espontáneamente a luchas esporádicas y sin cohesión. La acción de grupo y la guerra de guerrillas que ha caracterizado la actuación de la F. A. I. es la gran válvula de escape de las energías vitales del proletariado. La burguesía ha tenido enorme interés en cultivar esa acción en el seno del proletariado para incapacitarlo para movimientos de mayor envergadura. La impaciencia revolucionaria de un sector obrero no es un factor que pueda variar la relación de fuerzas entre el capitalismo y el proletariado ni es, por tanto, una razón teórica que justifique el golpe de mano.

Es indudable que la experiencia «putschista» de la F. A. I.—8-12 de diciembre—ha tenido una profunda resonancia. Ha sido una verdadera guerra de guerrillas. Pero se ha limitado a eso, a una guerra de guerrillas. Puesto que los núcleos de la clase obrera afectos a la C. N. T. no han tenido intervención ninguna en la acción. Los obreros confederados han estado al margen de la aventura faista. Barcelona y Cataluña, Andalucía y Asturias no han hecho el ¡presente! revolucionario a las llamadas de los dirigentes de la C. N. T. y de la F. A. I.

El ímpetu y la bravura de un puñado de obreros revolucionarios no bastan para transformar el régimen burgués. Lo único que se ha conseguido es consolidar el triunfo de las derechas y dar un pretexto para que la reacción cayese de una manera implacable sobre el movimiento obrero.

La prensa contrarrevolucionaria —«El Debate», «La Veu de Catalunya», etc.—ha hecho una labor de provocación, ha alentado el «putsch» exaltando las fuerzas de la C. N. T. y de la F. A. I. La burguesía ha agudizado, ha avivado la impaciencia revolucionaria de este sector de la clase obrera para abrir de nuevo la válvula de escape de un nuevo golpe de mano haciendo que abortara un movimiento profundamente revolucionario que abrazara a toda la clase obrera.

La reacción, luego de lograr su propósito, se lanza con toda la furia sobre los valientes y anónimos insurrectos. La contrarrevolución pide un castigo ejemplar. La máquina represiva del Estado ha entrado en funciones. Los tribunales

de urgencia trabajan sin cesar. Las sentencias caen sobre los obreros revolucionarios con todo el peso del odio feroz que siente la caverna.

El 8-12 de diciembre de la F. A. I. no ha sido el 10 de agosto de Sanjurjo. La burguesía sabe distinguir, evidentemente.

El triunfo electoral de las derechas se ha visto afianzado con la aventura de la F. A. I. Estado de prevención y de alarma. Clausura de Sindicatos. Suspensión de la prensa obrera. Aplicación de la previa censura. Y por añadidura gobierno Lerroux, gobierno puente para desembocar a una situación filofascista.

Se ha iniciado ya una política de represión contra el movimiento obrero en conjunto. La contrarrevolución, para la realización de sus objetivos, necesita decapitar el movimiento revolucionario. Se van a «reformular», a destruir las escasas libertades que confiere la República, anulando o interpretando prácticamente a la manera cavernaria la legislación social que recordaba ligeramente las pezuñas de la gran burguesía, de los terratenientes y de la Iglesia.

V para realizar todo ese programa social y de «pacificación» la burguesía contrarrevolucionaria necesita hacer enmudecer la voz recia del proletariado y de los campesinos pobres e imposibilitarles toda acción eficaz y coherente. Las amenazas de Selves son bien categóricas.

Las enseñanzas de la última experiencia de la F. A. I. deben ser aprovechadas. La clase obrera debe aprender mucho en sus propias derrotas. Y la mejor lección que se debe deducir es de que sin una acción de conjunto de todos los trabajadores no será posible acabar con el régimen burgués. Para el mejor éxito de la lucha revolucionaria debe ser desterrado todo propósito exclusivista. Es toda la clase obrera la que se ha de poner en movimiento y no un sector determinado.

Es precisamente a ese objetivo a lo que responde la Alianza Obrera organizada recientemente.

Los obreros anarquistas deben ser los primeros en constatar esa necesidad histórica.

Sin el Frente Único obrero y sin una dirección clasista revolucionaria no es posible batir en retirada a la reacción y preparar las condiciones que faciliten el triunfo de la revolución proletaria.

La tarea principal es, pues, reagrupar el movimiento obrero en un amplio frente único. Y acabar de una vez con esas acciones espontáneas y aisladas que ocasionan trágicos desgarramientos en el movimiento obrero y ahondan aún más las diferencias entre los trabajadores revolucionarios.

PEDRO BONET

El triunfo de nuestra política

El Bloque Obrero y Campesino (Federación Comunista Ibérica), ha obtenido un triunfo indiscutible. El Frente Único Obrero se abre paso y lo aceptan sectores obreros que antes lo habían rechazado.

Somos nosotros, es el B. O. C. quien levantó la bandera del Frente Único. El Frente Único no fué solamente una consigna para la propaganda. El B. O. C., a la vez que difundía la idea del Frente Único, la iba cristalizando.

Empezó en febrero con la Conferencia sobre el Pato Forzoso. Inmediatamente después, el B. O. C. animó la Alianza Obrera contra el Fascismo, que durante varios meses hizo por toda Cataluña una gran propaganda de frente único.

Más tarde, electoralmente, el B. O. C. constituía el Frente Obrero con el partido socialista (Federación Socialista).

Ultimamente el frente único obrero ha tomado una forma más concreta todavía. Han constituido la Alianza Obrera las siguientes organizaciones: Bloque Obrero y Campesino (F. C. I.), Federación Socialista, Unión Socialista de Catalunya, Unión de Rabassaires, Federación Sindicalista Libertaria, Sindicatos de Oposición, Unión General de Trabajadores, Federación de Sindicatos excluidos de la C. N. T., Izquierda Comunista.

El «Partit Comunista de Catalunya» tomó parte en la gestación de la Alianza Obrera, retirándose cuando el Frente Único iba a concretarse.

La Alianza Obrera inicia una nueva etapa en marcha hacia el Gran Frente Único de la clase trabajadora.

Nos cabe la satisfacción de haber sido nosotros los animadores de esta corriente de concentración obrera que cada día va ganando más terreno en el movimiento obrero.

Cuando el Frente Único esté firmemente constituido, el Frente Único no será la panacea, sin embargo. Frente Único es organización. Y la organización no basta. Precisa que la organización esté animada por una política revolucionaria acertada.

El B. O. C. ha ganado una importante batalla, que no desea apunarse como suya exclusivamente, sino que quiere que corresponda a toda la clase trabajadora.

El B. O. C. se dispone ahora a que sea su política la que triunfe.

Los problemas del proletariado mercantil

El proletariado mercantil, después de ganada su primera gran batalla, parece que en parte se ha dejado otra vez adormecer en su pasividad tradicional. Hay que evitarlo. La burguesía solo espera lanzarse como antaño sobre las mejoras ganadas recientemente, para vulnerar pactos y acuerdos.

La labor del «Frente Único de Empleados Mercantiles» tiende precisamente a evitar que las mejoras logradas queden sobre el papel como pretende la burguesía.

Las entidades que lo componen, hoy por hoy animadas del mejor espíritu y buena voluntad, necesitan a pesar de todo que los socios se interesen para los trabajos que se están realizando para dar al F. U. E. M. estructura jurídica y personalidad legal.

El F. U. E. M. de Cataluña; con sus federaciones locales y comarcas ha de ser a nuestro entender la que podríamos llamar la gran federación de industria de nuestro ramo.

El día que éste nuestro proyecto sea una realidad, el proletariado mercantil se habrá incorporado de una manera efectiva y definitiva dentro del cuadro del proletariado consciente, y ya nunca más nuestra burguesía rapaz podrá tra-

tarnos a su antojo ciscándose como hasta ahora en las leyes y Jurados Mixtos.

Pero para llevar a cabo este propósito, que es una necesidad urgente, es imprescindible el concurso y la colaboración de todos. Y todos deben estar interesados en él, especialmente las minorías activas que en las diferentes entidades mercantiles laboran por nuestra clase de una manera fragmentaria, pues solo ven en muchos casos las cortas perspectivas de las posibilidades de su sola entidad.

Hay que coger el movimiento mercantil en bloque, en su totalidad, pues de lo contrario iríamos al fracaso.

Y quienes más interesados deben estar en hacer de nuestro movimiento una cosa de conjunto deben ser — hasta por propio egoísmo — las minorías dirigentes y orientadoras de cada entidad, pues sus componentes serán el blanco de las represalias patronales y los primeros que estos pondrán en las listas negras para evitar que nuestro movimiento vaya en ascenso.

El F. U. E. M. con una bolsa de trabajo centralizada que evite el favoritismo y obligue a los patronos a salirse de ella; con la creación del carnet de trabajo que

Los camaradas paqueteros deben liquidar urgentemente sus deudas con la administración de «La Batalla»

facilite el F. U. E. M. y sin el cual no se pueda trabajar; con la creación de una caja pagada por patronos y autoridades para el paro forzoso; etc., etc. haremos del movimiento mercantil concretado en el F. U. E. M. un arma de lucha sindical formidable que nos conducirá, de victoria en victoria, y siempre al lado de nuestros hermanos de explotación, los obreros manuales, a la conquista de nuestras reivindicaciones supremas.

JORDI ARQUER

La huelga del Transporte Urbano

Un nuevo fracaso de la F. A. I.

La huelga de transportes urbanos ha tenido un epílogo catastrófico. El formidable movimiento de los obreros tranviarios, de los autobuses y del Metro ha acabado en plena desbandada. Desde un principio se veía claramente que los objetivos de la huelga eran marcadamente políticos. Las reivindicaciones económicas de los obreros huelguistas quedaban relegadas a segundo término. El afán de los dirigentes del movimiento era prolongar el conflicto para poderlo enlazar al «putsch» que la F. A. I. preparaba.

La huelga comenzaba en la víspera de las elecciones, el 18 del pasado mes. La huelga, pues, obedecía a un plan. La campaña abstencionista realizada por la F. A. I. tenía una repercusión en la huelga de los transportes urbanos. La mayor o menor abstención electoral por parte de la clase obrera sería un índice que indicaría si los trabajadores estaban en condiciones para ir a la implantación del comunismo libertario. Como la abstención fué muy densa y proporción como era de esperar el triunfo de las derechas, la ocasión había llegado para ir a un nuevo ensayo de golpe de mano estilo F. A. I.

La huelga de transportes urbanos quedaba ligada a la suerte del golpe faista. De hecho era el Comité revolucionario quien dirigía la huelga. El descalabro del «putsch» faista ha producido el fracaso del movimiento huelguista. Era la misma experiencia del 8 de enero con la anunciada huelga ferroviaria. Hace justamente un año la F. A. I. y la C. N. T. anunciaban la huelga ferroviaria y como resultado del triunfo de los ferroviarios se iría a la proclamación del comunismo libertario. Pero la huelga ferroviaria no se produjo. Aunque sí se llevó a cabo el «putsch».

Las lecciones de aquel ensayo fueron tremendas, pero no tuvieron la virtud de provocar una radical enmienda.

Ahora se ha hecho lo mismo con los huelguistas del transporte urbano.

El entusiasmo, la unanimidad y la energía de los huelguistas hacían esperar un triunfo rotundo e inmediato. Pero los dirigentes no tenían ningún interés en acabar la huelga antes de «probar» una suerte mayor.

Así se comprenden perfectamente las razones por las cuales se silenciaban casi en absoluto las reivindicaciones inmediatas que motivaban la huelga. Precisamente una de las acciones más necesarias para asegurar el éxito de todo movimiento y conquistar la solidari-

dad de todo el proletariado consisten en dar la máxima publicidad a las bases presentadas por los obreros en lucha. Y esto no se hizo. Se jugó por otra parte con exceso al petardismo y al bombismo. Lo cual no hacía más que sembrar el terror y el desasosiego entre la clase obrera. Con la aplicación de semejantes procedimientos de lucha las empresas y autoridades daban por descontado su triunfo sobre la clase trabajadora.

A pesar de la manera equívoca con que se planteó y de los «objetivos» que la guiaban, la huelga podía haberse ganado de no haber habido la cerrazón y el sectarismo peculiares a los militantes de la F. A. I.

La gran falta estaba en prolongar el movimiento tan desmesuradamente. Una actuación justa de Frente Unico de lucha, ampliando la batalla con la participación de los obreros del muelle, taxistas y otras ramas del transporte, hubiera obligado a las Empresas y autoridades a morder el polvo de la derrota.

Las tres semanas de huelga no han servido sino para evidenciar una vez más el fracaso de las tácticas suicidas de la F. A. I. en la lucha de clases.

Ahora son las Empresas y autoridades las que se imponen a los obreros en derrota.

Las represalias a que se libran los dirigentes de las Empresas son brutalmente provocativas. Para poder reintegrarse al trabajo han de firmar una solicitud. Luego han de esperar a que se les avise si se les considera o no seleccionados. Ha habido compañeros tranviarios que han sido readmitidos, pero que luego se les priva del servicio durante tres o cuatro días hasta que se tome una resolución definitiva respecto a ellos que bien puede ser el despido.

Las autoridades han dado carta blanca a las Empresas para que realicen todos los vejámenes a su antojo. Hasta ahora ha habido de doscientos cincuenta a trescientos los obreros que han sido víctimas de la represalia burguesa.

Pero eso no puede continuar. La clase obrera ha de movilizarse para imponer la readmisión de todos los obreros huelguistas.

Y que la experiencia de la huelga del transporte urbano haga abrir de una vez los ojos de la clase obrera para sus luchas venideras contra la burguesía.

La actuación catastrófica de la F. A. I. ha sido todo un rosario de fracasos sucesivos de la clase obrera. Huelga telefónica, huelga de metalúrgicos, huelga de la cons-

Vida obrera y sindical

Monistrol

La reacción fascista

A raíz de un acto político ligero hemos podido apreciar con toda certeza la certidumbre de dónde se esconden el fascismo.

En el acto político que tuvo lugar el día 17 en el Casal Catalá Republicà, unos señores que andaban a la caza de conejillos de India no se dieron cuenta que en Monistrol no nos chupamos el dedo.

Pues bien, estos señores que vinieron a hacer adeptos se pensaban que aquí vivíamos dentro de un arca negra como sus propias entrañas y creyendo que no contaban con bastantes votos intentaron para conseguirlos atacar a Rusia y, naturalmente, pasó lo que tenía que pasar. Dijeron en sus exabruptos que Lenin había sido un mal revolucionario, que había hecho correr mucha sangre; pero nosotros les dimos unas cuantas lecciones de marxismo e historia arrancándoles la máscara fascista y criminal de que viene disfrazada la Lliga.

Mas vino el domingo, y esos señores que están en relación con la Montaña sagrada encontraron allí lo más esencial: Pistolereros y votos; pero el pueblo que no se tragó la trama reaccionó para evitar un segundo Balaguer, haciendo fracasar los planes infames de esta taifa de cuacos y arañas negras.

La más lamentable fué la acción de algunos individuos que, bajo el mandato de la reacción se organizaron en una banda de matones.

Alentados por la caverna reaccionaria un grupo de individuos que en otras ocasiones se han hecho pasar como libertarios de la F. A. I., ahora les hemos visto que iban a provocar a los obreros que luchaban enérgicamente contra la burguesía reaccionaria. ¿Es así como deben luchar los llamados anarquistas en pro del comunismo libertario?

He aquí a lo que conduce la actuación sectaria de la F. A. I. Se enfrentan con sus hermanos de explotación de una manera violenta, matonesca, cayendo en brazos de la más descarada y negra reacción.

Obreros todos, sin distinción de tendencias, constituyamos el frente único antifascista.

Fortalezcamos el Sindicato autónomo de Trabajadores y vayamos a la organización del B. O. C.

RUBIOL

trucción, huelga del transporte urbano.

El gran instrumento que ha de utilizar la clase obrera para vencer a la burguesía es el Frente Unico. Ha habido dos ensayos brillantes: el Frente Unico del Gas y Electricidad y el Frente Unico Mercantil.

Si la clase obrera quiere triunfar ha de adoptar forzosamente ese formidable y eficaz instrumento de lucha.

San Vicente de Castellet

Un agente de la burguesía

Hace tiempo que en San Vicente de Castellet se nota cierta agitación nerviosa por parte de un «hombre» que todavía cree en su influencia sobre la clase trabajadora, pero que ha perdido todo control sobre la misma.

Al advenimiento de la República, este «hombre» fué el iniciador más destacado para organizar el Sindicato de este pueblo, pero no para que la clase trabajadora saliese beneficiosa de dicha organización sino que fué para convertirse en «Capitán Araña» de dicho Sindicato y predominar y hacer prevalecer su «matonismo» de hombre valiente.

Este «hombre» por mediación de «Trabajos», de Manresa, dirigió unos ataques contra compañeros nuestros que en más de una ocasión le desenmascararon y pusieron en antecedentes a la clase trabajadora de lo que era y el programa provocativo que iba desarrollando en la organización.

El que ha gruñido diversas veces—con la complacencia de los anarco-sindicalistas manresanos—contra camaradas nuestros, de tumbó en tumbó se ha convertido en un traidor abierto a los intereses de la clase obrera poniéndose al servicio de la burguesía fabril. Y a ese individuo conviene desenmascarlo.

Hablemos de la Colonia Carné (fábrica de Castellgalí). ¿No te acuerdas del asunto de los tres telares? ¿Es un adelanto para la clase trabajadora el tener que llevar un telar más? Para ti se ve que la emancipación debe ser a base de una explotación continua y agotadora de los trabajadores, ¿no es verdad?

El en otros tiempos célebre Griño se ha revelado ahora como confidente de la burguesía del fabril. Tú fuistes quien hicistes despedir al camarada Vallbona y su padre porque en asamblea general del Sindicato te puso al descubierto de tu traición ante los trabajadores y la organización.

De todos era sabido que el famoso Griño había sido—de la República acá—un instrumento de la Esquerra. Ahora su papel ha degenerado hasta el extremo de ser un perro faldero de la burguesía más vil y explotadora.

Y como pretende recuperar el prestigio perdido por su tortuosa y traidora actuación va gruñiendo por las mesas de café contra la Comisión Técnica del Arte Fabril y Textil y recurre además a las columnas de «Solo» para echar su baba contra dignos y abnegados militantes.

El desprecio de los trabajadores contra ese «Fulano» es unánime. Por sus frutos los conocerán, se dice. Y bien, los obreros no quieren parlachines estilo Griño.

Los agentes de la burguesía que pretenden hundir nuestra organización merecen el desprecio de todos los trabajadores y su expulsión fulminante de la organización.

Ramón Molgó

Agramunt

Médico de cuidado

La casta de médicos y farmacéuticos es, salvo raras excepciones, la plaga que más se ceba en el régimen capitalista contra los trabajadores.

El caso de que un camarada de Agramunt, obrero pastoril—trabajo éste el más molesto y explotado—sin saber ciertamente cómo ni de qué manera se hizo una herida que por crecer sin importancia cuidó deficientemente dando ello lugar a que se le infectara y, lo que ha sido peor, a que la infección se desarrollara en el muslo de forma tal que fué preciso traerlo urgentemente al hospital de Lérida.

Nuestro compañero ha estado tres meses luchando entre vida y muerte. Se intima a la familia a que acceda a cortársela la pierna o a que se le saque de allí inmediatamente.

Pues bien; en circunstancias tales la familia—mujer y tres hijos—precisa un certificado médico para librar del servicio militar al hijo del infortunado pastor. Se va al médico del hospital a solicitar dicho certificado. Este, posiblemente muy católico y cavernario, indica que es preciso un papel que expenden en los estancos de 15 pesetas y que luego se tendrá que abonar a 61—al médico, al bandido—la piquez de cincuenta pesetas. De lo contrario no hay certificado. El que lo solicita, hermano del enfermo, ofrece la mitad de lo que ha pedido. ¡Inútil oferta! ¡Ni un céntimo menos! Es rechazado todo olímpicamente.

¡Camarada Miguel Pijaún! ¡Familiares suyos! Nuestros hermanos de clase, los explotados todos, sabremos vengar tan viles canalladas propias del infecto régimen burgués. ¡Adelante!

UN BLOQUISTA

Se avisa a todos los Bloques y Organizaciones obreras de un individuo llamado Bernardino Sans, afiliado al Partit Comunista de Catalunya, que ha sorprendido la buena fe de varias organizaciones obreras haciéndose socorrer, hagan caso omiso de los carnets que el establecimiento pueda traer, ya que actualmente es perseguido por varios delitos de abuso y corrupción de menores.

B. O. C. de Agramunt

O. S. R. de la Metalurgia

Se convoca a todos los camaradas de la F. C. I. y el B. O. C. y Juventudes Metalúrgicas a la reunión que se celebrará el viernes día 22 de diciembre a las 7 de la noche

Se pide a todos los camaradas que asistan a dicha reunión para tratar asuntos importantes de nuestro Ramo.

El Secretario

S. Pedro de Salavina

Sermoneo cavernario

Se han hecho en este pueblo una tanda de sermones a cargo de un representante de la caverna.

El «predicador» ha consagrado toda su «errameca» a combatir a la República y al movimiento de emancipación de la clase obrera.

Con la promesa de un reinado celestial para el otro mundo, el sermoneo aconsejaba la humildad y la resignación en éste. Humildad y resignación en beneficio de los caciques y propietarios que nos explotan. ¿Qué nos importa a nosotros el más allá? Los obreros y campesinos nos importa sacudirnos el yugo de la esclavitud económica y política ahora, en la vida terrenal. Lo demás son cuentos tártaros.

Los propietarios están interesados en desviarnos de nuestra camino revolucionario con esas pretendidas promesas celestiales. Y eso lo hacen a través de los «predicadores», como el que nos ocupa, y de los partidos políticos burgueses.

Los obreros y campesinos ya saben a qué atenerse respecto a su liberación. Y no necesitan las muletas de ningún «enviado» especial.

Digamos, además, que el representante de la caverna atacó sañudamente a la República y a la escasa obra social que ha realizado.

Obreros de San Pedro de Salavina. ¡Para luchar contra los zarzapos de la peste religiosa y de la explotación caciquil formad el Bloque Obrero y Campesino!

Vicente Burón.

Vilanova de la Barca

Los Requeté-brutos

Los requeté-brutos han hecho su aparición en este pueblo de una manera provocativa. Ha sido con motivo de las segundas elecciones que se celebraron. En las del día 19 se rompió la urna y dos días después se repitieron. Fué, pues, para asegurar el triunfo de la canalla cavernaria que nos mandaron una bandada de pistoleros del requeté.

Ahora que el pueblo los recibió como se merecían. Los camaradas y simpatizantes del Bloque Obrero y Campesino se movilizaron para impedir se repitiera el asesinato perpetrado por ellos en Balaguer.

Los vándalos capitaneados por Rovira, Mascaró, Aragónés, Sangeñis, etcétera, ahuecaron el ala al ver que las cosas se presentaban mal.

Hay que ser implacables con esa gentuza. ¡Duro y a la cabeza!

Antonio Perera.

Apartado de «La Batalla»

1280

Porqué cree en Dios la burguesía

El modo de producción de la vida material domina el desenvolvimiento social, intelectual y político.

Carlos Marx.

I

RELIGIOSIDAD DE LA BURGUESÍA E IRRELIGIOSIDAD DEL PROLETARIADO

Bajo los auspicios de los ilustres sabios Berthelot y Haecckel, el librepensamiento burgués tuvo singular interés en levantar su tribuna en Roma, frente al Vaticano, para lanzar su elocuencia oratoria contra el catolicismo, el cual, por medio de su clero jerárquico y sus dogmas, pretendidos inmutables, representa para él la religión.

¿Por qué hacen el proceso del catolicismo y creen los librepensadores estar exentos de la creencia en Dios, ha sido fundamental de las religiones, cualquiera que sea su nombre? ¿Suponen que la burguesía, la clase a que pertenecen, puede prescindir del cristianismo, del que es una manifestación evidente?

Aunque haya podido adaptarse a otras formas sociales, el cristianismo es, por excelencia, la religión de las sociedades que descansan sobre las bases de la propiedad individual y de la explotación del trabajo asalariado; por eso ha sido, es y será, dígase y hágase cuanto se quiera, la religión de la burguesía. Después de más de diez siglos, todos sus movimientos, realizados ya para organizarse, para emanciparse o para elevar al poder a uno de los suyos, han sido acompañados de crisis religiosas, habiendo puesto siempre los intereses materiales cuyo triunfo le importaba bajo la protección del cristianismo, que declaraba querer reformar y conducir a la pura doctrina del divino maestro.

Suponiendo que era posible desreligionar a Francia, los burgueses revolucionarios de 1789 persiguieron a los curas con gran saña. Los más lógicos, pensando que nada podría conseguirse, mientras subsistiese la creencia en Dios, abolieron a éste por decreto, como si se tratase de un funcionario, y lo sustituyeron por la diosa Razón. Pero apenas la Revolución peligró, Robespierre restableció por decreto al Ser su-

premo, pues el nombre de Dios era todavía mal considerado, y algunos meses después los curas salían de sus escondites y abrían de nuevo las iglesias, donde los fieles se hacinaban, mientras Bonaparte, para satisfacer a la plebe burguesa, firmaba el concordato. Entonces nació un cristianismo romántico, sentimental, pintoresco y macarrónico, acomodado por Chateaubriand a los gustos de la burguesía triunfante.

Los hombres de valía del librepensamiento han afirmado y afirman aún, a pesar de la evidencia, que la ciencia desembarazaría al cerebro humano de la idea de Dios, haciéndole inútil para comprender la mecánica celeste. No obstante, los hombres de ciencia, casi con pocas excepciones, viven bajo el encanto de esta creencia. Si en la religión que constituye su especialidad un sabio no necesita, según la expresión de Laplace, de la hipótesis de Dios para explicar los fenómenos que estudia, no se aventura a declarar que es inútil para darse cuenta de aquellos que no entran en el cuadro de sus investigaciones, y todos los sabios reconocen que Dios es más o menos necesario para el buen funcionamiento del engranaje social y para la moralización de las masas populares. No solamente la idea de Dios no está del todo desvanecida de la cabeza de los hombres de ciencia, sino que florece la más grosera superstición, no ya entre la gente ignorante de las campiñas, sino en las capitales de la civilización y entre los burgueses instruidos, algunos de los cuales están en relaciones con los espíritus, con objeto de tener noticias de ultratumba, mientras otros se arrodillan ante San Antonio de Padua, pidiendo que les haga encontrar un objeto perdido o que les permita adivinar el número que ha de ser premiado en la lotería, o salir bien de un examen en la Universidad; es cuando no consultan adivinos, somnómbulos o echadoras de cartas para conocer el porvenir, interpretar los sueños, etc., etc. Los conocimientos científicos que poseen no les protegen, pues, contra la ignorante credulidad.

Pero, mientras en todas las capas de la burguesía el sentimiento religioso permanece vivo y se manifiesta de mil maneras, una indiferencia religiosa no razonada, pero inquebrantable, caracteriza al proletariado industrial. Después de una vasta información

realizada por el Ejército de la Salud sobre el estado religioso de Londres, cuyos salustias visitaron distrito por distrito, calle por calle, y a menudo, casa por casa, su general, M. Booth, confirma que era masa del pueblo no profesa ninguna religión, ni siente el menor interés por las ceremonias del culto... La gran fracción del pueblo que lleva el nombre de clase obrera, que se mueve entre la pequeña burguesía y la clase de los miserables, permanece, en conjunto, fuera de la acción de todas las sectas religiosas. Dicha clase ha llegado a considerar las iglesias como simples sitios de reunión de los ricos y de los que están dispuestos a aceptar la protección de los que disfrutan de una posición mejor que la suya. La generalidad de los obreros de nuestra época piensa más en sus derechos y en las injusticias de que son objeto que en sus deberes, que no siempre cumplen. La humildad y la conciencia de hallarse en estado de pecado no son, quizá, naturales en el obrero. Estas incontestables afirmaciones de la irreligión instintiva de los obreros de Londres, considerados generalmente como muy religiosos, puede hacerlas el observador más superficial en las ciudades industrializadas de Francia. Si en ellas se encuentran trabajadores que aparentan tener sentimientos religiosos, o que realmente los tienen—éstos son raros—, es que la religión se presenta a sus ojos bajo la forma de socorros caritativos; si otros son fanáticos librepensadores, es que han debido de sufrir la ingerencia del cura en sus familias o en sus relaciones con el patrono.

La indiferencia en materia religiosa, el más grave síntoma de la irreligión, según Lamennais, es innata en la clase obrera moderna. Si los movimientos políticos de la burguesía han revestido una forma religiosa o antirreligiosa, no puede observarse en el proletariado de la gran industria de Europa y de América ningún deseo de elaborar una religión nueva para sustituir el cristianismo, ni el menor propósito de reformarlo. Las organizaciones económicas y políticas de la clase obrera de los dos mundos se desintesan de toda discusión doctrinal sobre los dogmas religiosos y las ideas espiritualistas, lo que no les impide hacer la guerra a los curas de todos los cultos, porque son los servidores de la clase capitalista.

¿Cómo los burgueses, que reciben una educación científica más o menos extensa, son aún prisioneros de las ideas religiosas, de las cuales se han emancipado los obreros que carecen de aquélla?

II

ORIGENES NATURALES DE LA IDEA DE DIOS EN EL SALVAJE

Perorar contra el catolicismo, como los librepensadores, o prescindir de Dios, como los positivistas, no quebranta la persistencia en la creencia en Dios, a pesar del progreso y de la vulgarización de los conocimientos científicos y a pesar de las diatribas de Voltaire y de las persecuciones de los revolucionarios.

Es cómodo perorar y prescindir; pero difícil explicar, pues para ello debe empezarse por indagar cómo y por qué la creencia en Dios y las ideas espiritualistas han penetrado en la cabeza humana, han echado en ella raíces y se han desarrollado. Y sólo puede hacerse una contestación adecuada a estas cuestiones remontándose al estudio de la metafísica de los salvajes, en los cuales imperan manifiestamente las ideas espirituales que embarazan el cerebro de los civilizados.

La idea del alma y de su supervivencia es invención de los salvajes, los cuales se han forjado un espíritu inmortal e inmortal para explicarse los fenómenos del sueño. El salvaje, que no duda de la realidad de sus sueños, supone que, si en sueños caza, se bate o se venga, y al despertar se encuentra en el mismo sitio, en que se acostó, es que otro él mismo, o sea un adoble individuo, según su propia expresión, impalpable, invisible y ligero como el aire, ha abandonado su cuerpo dormido para ir a cazar o a batirse. Y como se da el caso de ver en sueños a sus antecesores y a sus compañeros fallecidos, deduce que ha sido visitado por sus espíritus, que sobreviven a la destrucción de sus cadáveres.

El salvaje, este niño del género humano, como le llama Vico, tiene, lo mismo que el niño, nociones pueriles sobre la Naturaleza; cree que puede mandar a los elementos como a sus miembros; que le es posible, con palabras y con prácticas mágicas, ordenar a la lluvia que caiga, al viento que sople, etc. Si teme, por ejemplo, que la noche le sorprenda en el camino, bas para detener el Sol, como hizo el Josué de la Biblia con su ruego. Teniendo los espíritus de los muertos este poder sobre los elementos en un grado mucho mayor que los vivos, los invoca para que produzcan el fenómeno cuando tiene precisión de él. Poseyendo un valiente guerrero y un hechicero hábil más acción sobre la Naturaleza que los simples mortales, sus

espíritus, cuando son muertos, deben, por consecuencia, tener sobre aquélla un poder mucho mayor que el «doble» de la generalidad de los hombres. Por eso el salvaje escoge entre la multitud de espíritus para honrarlos con ofrendas y sacrificios, y para suplicarles que hagan llover cuando la sequía pone en peligro la cosecha, para pedirles la victoria cuando entra en lucha, o para que le curen cuando está enfermo. Partiendo de una explicación errónea del sueño, los hombres primitivos elaboraron los elementos que más habían de servir para la creación de un Dios único, el cual no es, en definitiva, más que un espíritu más poderoso que los otros.

La idea de Dios no es innata, ni una idea a priori, sino a posteriori, como lo son todas las ideas, pues el hombre sólo puede pensar después de haberse puesto en contacto con las ideas del mundo real, que explica como puede. No es posible exponer en un trabajo de estas dimensiones la manera lógicamente deductiva según la cual la idea de Dios ha salido de la idea del alma, inventada por los salvajes.

Coleccionando y resumiendo Grant Allen las observaciones y las investigaciones de los exploradores, de los folkloristas y de los antropólogos, e interperetándolas y aclarándolas mediante su crítica ingeniosa y fecunda, ha seguido en sus principales etapas el proceso de formación de la idea de Dios en su notable obra *Evolution de Vidée de Dieu*. Igualmente ha demostrado, mediante pruebas, que el cristianismo primitivo, con su Hombre-Dios, muerto y resucitado, su Virgen-Madre, su Espíritu Santo, sus leyendas, sus misterios y sus dogmas, su moral, sus milagros y sus ceremonias, no ha hecho más que recoger y organizar en una religión ideas y mitos que circulaban desde siglos en el mundo antiguo.

III

ORIGENES ECONOMICOS DE LA CREENCIA EN DIOS DE LA BURGUESÍA

Era de esperar que el extraordinario desenvolvimiento y vulgarización de los conocimientos científicos y la demostración del encadenamiento necesario de los fenómenos naturales habrían establecido la idea de que el universo, regido por una ley precisa, estaba fuera del alcance de los caprichos de una voluntad humana o sobrehumana, y que, de consiguiente, Dios era inútil, puesto que quedaba despojado de las múltiples funciones que la ignorancia del salvaje le había encargado de llevar. No obstante, fuerza es reconocer

que la creencia en Dios que puede a su antojo alterar el orden preciso de las cosas, subsiste aún entre los hombres de ciencia, contándose entre los burgueses instruidos quienes le piden, como los salvajes, lluvias, victorias o la curación de enfermedades.

Aunque los sabios hubiesen llegado a crear entre los burgueses la convicción de que los fenómenos del mundo natural obedecen a la ley de precisión, de suerte que, determinados por los que les preceden, determinan los que les siguen, quedaría aún por demostrar que los fenómenos del mundo social son también sometidos a la ley de precisión. Pero los economistas, los filósofos, los moralistas, los historiadores, los sociólogos y los políticos que estudian las sociedades humanas, y que tienen hasta la pretensión de dirigirlos, no han llegado ni podían llegar a imponer la convicción de que los fenómenos sociales dependen de la ley de precisión, como los fenómenos naturales. Porque no han podido establecer esta convicción, la creencia en Dios constituye una necesidad para los cerebros burgueses, aun para los más cultivados.

El determinismo filosófico sólo reina en las ciencias naturales, porque la burguesía ha permitido a sus sabios estudiar libremente el juego de las fuerzas de la Naturaleza, que tiene todo el interés en conocer, pues las utiliza para la producción de sus riquezas; pero debido a la situación que ocupa en la sociedad, no podía conceder la misma libertad a sus economistas, filósofos, moralistas, historiadores, sociólogos y políticos, por lo cual éstos no han podido aplicar el determinismo filosófico a las ciencias del mundo social. Por igual razón había impedido en otro tiempo la Iglesia católica el libre estudio de la Naturaleza, y ha sido preciso destruir su dominación social para crear las ciencias naturales.

El problema de la creencia en Dios de la burguesía sólo puede ser abordado teniendo una exacta noción del papel que desempeña en la sociedad.

El papel social de la burguesía moderna no es el de producir las riquezas, sino el de hacerlas producir por los trabajadores asalariados, de acapararlas y distribuir las entre los miembros de su clase, después de haber entregado a sus productores manuales e intelectuales lo precisamente indispensable para vivir y para reproducirse.

Las riquezas arrebatadas a los trabajadores constituyen el botín de la clase burguesa. Los guerreros bárbaros, después del saqueo de una ciudad, ponían en común los productos del pillaje, los dividían en partes tan iguales como era

DEL PANORAMA INTERNACIONAL

LA N. I. R. A.

Roosevelt, elegido por una ola de oposición contra la política brutalmente capitalista de Hoover tiene la ambición de hacer marchar la producción y el consumo en bien de todo el mundo. Prosigue sus experiencias en el cuadro de un capitalismo moribundo y caótico. ¿Y cuáles son los remedios que propone? ¿Cuál es la operación por la que quiere infundir sangre pura en las venas del gigante, envenenado por la sobreabundancia de sus riquezas? Sorprenden los remedios propuestos y ensayados por Roosevelt y los inofensivos amateurs de economía nacional que le rodean. Para comenzar, ellos no tienen la más ligera sospecha que se trata de una lucha de clases. Según ellos, el pueblo es un todo. Bien entendido, hay una clase de asalariados, otra de granjeros, otra de comerciantes y otra de capitalistas; pero que existe una lucha entre los poseedores y los desheredados, entre los trabajadores y los capitalistas, [esto no se puede concebir! Es esta nefasta teoría que profesaba un tal Karl Marx, hijo de un rabino de Renania, exilado en Inglaterra, inspirador-dibotico de todos los falsos profetas! En América no hay lucha de clases. Todos somos hermanos en una grande comunidad democrática-republicana.

¿Y pues? Cuando los obreros mineros hacen huelga, obligados con las mujeres y los hijos, a vivir, hambrientos, en las tiendas de campaña, bajo la nieve durante largos meses, y cuando la milicia burguesa, fusila a los dirigentes de la huelga, ¿no es esto lucha de clases? Cuando los trabajadores del ramo del vestir en Nueva York se echan debajo de las ruedas de los camiones para impedir el transporte de mercancías a Nueva Jersey, ¿no es esto un episodio de la lucha de clases? Cuando Mooney es encarcelado durante años y años, sabiéndole inocente, según han confesado los mismos que lo han condenado, no es esto asimismo un ejemplo de la lucha de clases? Pero, basta. América es el paraíso terrenal, donde cada millonario es de origen plebeyo, donde cada plebeyo tiene la posibilidad de devenir millonario—naturalmente teniendo un poco de suerte!

La política de la N. I. R. A. es, pues, una política que debe lograr el máximo bien de la mayoría sin esta ociosa y molesta distinción de clases.

La N. I. R. A. tiene por objetivo inmediato provocar el aumento de los precios. Es por el aumento de los precios y únicamente por este medio, dice Roosevelt, que se persuadirá a los capitalistas de poner sus máquinas en marcha, y es esto, evidentemente, lo que precisa obtener en el plazo más corto posible. Pero para que los obreros obtengan el poder de compra necesario en un mercado de precios altos deben también recibir salarios por encima de la tarifa actual. Así, pues, serán impuestos códigos a cada industria y los capitalistas serán obligados a conformarse a los mismos, así como los trabajadores, legando incluso al boicot oficial. En virtud de estos códigos los sindicatos ganan un estatuto oficial—pero en cambio pierden su alma de lucha de clases. Devienen parte integrante de

un sistema corporativo, apenas distinto del sistema musoliniano. La N. I. R. A. da la oportunidad de organizar millares de trabajadores en todas las industrias donde no había habido jamás organización sindical efectiva. Pero la cifra astronómica de los obreros parados—más de una decena de millones—hace la tarea de los sindicatos, aún en las condiciones en apariencia favorables de la N. I. R. A., muy difícil y casi imposible.

El precio de los artículos alimenticios y de todos los materiales comienza a aumentar, la caída del dólar se convierte en catástrofe, pero en razón del gran número de parados, los sindicatos, bajo la protección de los filos de la ley, no pueden insistir sobre el aumento necesario de los salarios, sin el cual el aumento de los precios de los objetos de consumo está en trance de convertirse en una catástrofe terrible para la masa obrera. Aquí y allá estallan huelgas. Los mismos granjeros hacen huelga, reducidos a la pérdida de sus casas hipotecadas, no pudiéndose contentar con las migajas que reciben en el mercado como precio a su labor. Una ola de sentimientos revolucionarios comienza a manifestarse. Pero no nos engañemos: es un sentimiento de pasión ciega que choca con una dictadura establecida bajo todas las formas de la cortesía y de la bonhomía democráticas por el popular Roosevelt y sus compañeros del partido demócrata.

El porvenir aparece sombrío. Hasta ahora ha sido el coste de la vida lo que ha aumentado mientras que los salarios se han ido reduciendo. No hay ningún medio perceptible en el cuadro del sistema capitalista que permita escapar a estos deplorables resultados. Solamente el control absoluto de los precios de mayor, de los precios de transporte y de detalle, de los salarios, de las horas y de las condiciones de trabajo y de los alquileres de habitaciones obreras, podría procurar el balance definitivo. Pero esto dejaría de ser el sistema capitalista. Esto sería el estatismo llevado a sus límites lógicos, sería el primer paso hacia el abismo que tiene por nombre Karl Marx.

¿Entonces, qué? La política de la N. I. R. A. comporta forzosamente una multitud de contradicciones. Se quiere llegar a un cierto resultado, hacer marchar la industria y se debe reconocer que, a pesar de todo, la base de ello debe ser una economía dirigida. Los capitalistas, percibiendo beneficios en el horizonte, beneficios garantizados por los códigos de la N. I. R. A. misma, emplearán en seguida a obreros desocupados, y éstos, gracias a los salarios en apariencia aumentados, devendrán consumidores, facilitando así a los señores capitalistas las únicas razones a su alcance para activar la producción.

Si Roosevelt consigue realizar el alza de los salarios en el punto preciso en que los trabajadores tuvieran la capacidad de comprar todo lo que ellos crearan, los capitalistas no tendrían la posibilidad de ganar un céntimo. Sus inmensos capitales no les reportarían nada. Y si el consumo continúa bloqueado, la producción también. Entonces, ¿de qué lado de la barricada se

coloca Roosevelt? ¿En el de los capitalistas que no permiten el poner en marcha sus máquinas sino a condición de sacar «justos» beneficios, o en el de los trabajadores cuyo único medio de vida consiste en obtener un poder de compra «continuo y suficiente»?

El fracaso casi completo de la N. I. R. A., que resulta evidente aun para los mismos que la predicaban, ha dado ya a ciertos elementos burgueses la ocasión de hablar en favor de una dictadura abierta y permanente. El verdadero espíritu democrático es tan débil entre las masas, y en el movimiento obrero, relativamente impotente y mal organizado, que todos los días se ve aminorada la democracia burguesa por un régimen «nacional-socialista» basado sobre promesas de felicidad hechas a todo el mundo como las que en Alemania ha prodigado Hitler en todas sus campañas electorales.

HERMAN KOBBE

ALFARRAS

Elecciones municipales

Se aproximan las elecciones municipales. Todos podemos ver cómo los burgueses y caciques del pueblo, despechados por la derrota que sufrieron en las pasadas elecciones, y al mismo tiempo envalentonados por el triunfo de las derechas, de esas fuerzas que si los trabajadores no lo impedimos a tiempo nos llevarán el fascismo en España, se aprestan otra vez a la lucha con mayores bríos y energías si cabe que antes, para lograr la victoria y caer con las manos abiertas sobre las arcas del Municipio, como caería un lobo hambriento sobre un indefenso cordero.

Para estos caciques y vividores, capitaneados por el escribiente de la fábrica, Miguel Figuera, el «Aliandret del Rós», el «Tonillo» y el médico de la población, Arturo Biel, todos los procedimientos son buenos para lograr su objetivo, que es el de derrotar a los trabajadores. El engaño, la coacción y la compra de votos están a la orden del día.

¡Trabajadores! Seamos conscientes de nuestros deberes. Si alguna vez estos individuos os piden el voto, contestades tal como se merecen y escupidles a la cara, pues debemos tener presente que un trabajador honrado no debe nunca traicionar a sus hermanos y a sus intereses de clase.

Pero, ¿seremos tan inconscientes que con nuestra actuación permitiéramos que estos individuos entraran otra vez en el Municipio, no para actuar en favor de los trabajadores, sino para saquear el Municipio, e iniciar una política desastrosa como en los tiempos ignominiosos de la monarquía y la dictadura de Primo de Rivera? No, no hemos de consentirlo, pues los trabajadores, conscientes de lo que somos, y que sabemos todo lo que han hecho los caciques del pueblo, desde el Ayuntamiento contra los trabajadores de la fábrica y del campo, nos caerá la cara de vergüenza si por culpa nuestra estos individuos volviesen a tener en sus manos las riendas del Municipio.

Recordemos que todos los Ayuntamientos que hemos tenido han actuado siempre bajo el mando del burgués de

la fábrica, y si los reaccionarios ganasen las elecciones, pronto los volveríamos a ver, yendo presurosos a saludar a sus «amos» cuando vienen a pasar aquí una temporada de descanso.

¿Qué podríamos esperar de bueno los trabajadores de un hombre como el médico, monárquico y cacique 100 por 100, que no falta ningún domingo a misa con su familia y que todavía tiene la sinvergüenza de lucir la bandera monárquica pintada en los ladrillos en lo alto de cada uno de los once pilaretos que sostiene la verja que rodea su casa? Y todos sus compinches en fechorías son de la misma calaña. Son caciques y burgueses y, por lo tanto, enemigos de la clase trabajadora.

El día 14 de enero será un día decisivo para nosotros. La lucha está entablada. Clase contra clase. Explotados contra explotadores. El Frente de Obreros y Campesinos se lanza a la lucha contra los caciques de la «Liga» y de la «Esquerra» coaligados. ¿Para quién será la victoria? Pronto lo sabremos. La victoria ha de ser nuestra. El Municipio ha de ser de los trabajadores y para los trabajadores, para iniciar desde allí una política justa, de clase, que favorezca los intereses de todos los explotados.

Pero hay que vigilar mucho. No serán, seguramente, las primeras figuras las que saldrán a escena. La gente los conoce demasiado y los repudiará. Y para mejor engañar a los trabajadores, presentarán a unos hombres que tengan carácter de obreros; pero que habrían de actuar al dictado de individuos citados más arriba, que serían los que moverían los hilos de la trama desde su casa.

¡Trabajadores! Estad atentos a todas sus maniobras y cuando llegue el momento oportuno, todos como un solo hombre repetid la gesta del 19 de noviembre para conquistar el Municipio, y enterrar para siempre toda esta banda de saltimbanquis que hasta la fecha han vivido a costa del pueblo trabajador.

¡Obreros y campesinos! Todos en pie para derrotar a todos los burgueses.

Todos tenemos que votar la candidatura que presenta el Frente de Obreros y Campesinos.

Un bloquista.

LLANSA

Menifras interesadas

Se ha hecho circular por gente interesada y sin escrúpulo la mentira de que nosotros, los comunistas, vamos a las elecciones municipales del brazo de la reacción.

Esa burda calumnia ha salido de algunos individuos del Centro Federal.

Nos interesa, naturalmente, salir al paso a la mentira de tal calibre que cuatro imbéciles hacen correr. Claro está que es una maniobra interesada que salta a la vista.

Si nosotros hemos sido expulsados del Centro porque defendíamos una orientación revolucionaria, en beneficio de la clase obrera, mal podemos ir de acuerdo con la gente cavernaria del Poment.

Ahora que los cuatro mentecatos del Centro están interesados en presentarnos ante los ojos de los obreros como auxiliares de la reacción cuando ponemos al descubierto su falta de energía en la actuación y sus complacencias

AL PASAR...

Sin el B. O. C. no habría comunismo en España

En la Plaza de Maciá se ha inaugurado recientemente una cátedra de Despotricología, a cargo de los conspicuos doctores del partido estalinista. La Despotricología—de despotricar—es, en resumen, una ciencia con la que los comunistas oficiales han substituido el Marxismo.

La Despotricología—hay que decirlo en su favor—es una ciencia, infinitamente más fácil de asimilar que la marxista.

Los doctores de esta ciencia nueva son de una contumacia sobresaliente. Día tras día, en la espaciosa aula de la ex plaza Real, los doctores del comunismo oficial establecen su cátedra de Despotricología, que es la ciencia que trata de estudiar el desenvolvimiento del Bloque Obrero y Campesino, partido comunista sin subvenciones de Moscú.

Observando el celo heroico de esas eminencias científicas del frente único por la base, la gran fantasía para la invención de calumnias y bajezas hemos pensado con dolor la gran catástrofe de esos movilizadores de masas... desiertas si el B. O. C. dejase de existir.

Hemos tenido el valor, el heroísmo—permítaseme la inmodestia—de asistir a algún mitin que daba la Sociedad de Ciencias Despotricas domiciliada en la calle de Aviñó. En estos casos la cátedra ha tenido un aula más recogida y han hablado nuevos doctores.

Han sonado allí todos los argumentos despotricológicos contra el B. O. C. Un amigo profano, que nos acompañaba casualmente, nos preguntó intrigado:

—¿Son fascistas?
—No...contésté.
—¿Son de la F. A. I.?
—No. Es el Partit Comunista de Catalunya.

Nuestro amigo sonrió escépticamente, como si comprendiera que tratábamos de tomarle el pelo. Fué necesario que se convenciera por sí mismo.

La tribuna era una formidable ducha de adjetivos, un torrente loco de dictorios, un desbordamiento imponente de un verbo de ruñanes.

Y dijimos al amigo:
—Si uno se imagina el gran drama, la tragedia horrenda que acarrearía a estas gentes una temporal desaparición del B. O. C. es para sentir una profunda compasión. ¿A base de qué realizarían sus propagandas? ¿Qué argumentos explotarían intutilizada la ciencia de la Despotricología? ¿Qué sería de ese fantasma que responde al nombre de Partit Comunista de Catalunya? Se esfumaría trágicamente en las profundidades de la nada con la ciencia de su invención.

—¿Y si no fuese así?—nos objeta el amigo.

—Sería más triste el destino de los doctores del P. C. de C. Figúrate tú que los doctores de la Despotricología, en un momento dado, por imperiosa necesidad histórica, tuviesen que bucear en las perspectivas históricas la existencia de un revolucionario genial que se llamó Carlos Marx. ¿No te imaginas el terrible problema que representaría para ellos obligarles a una lección primaria de marxismo?

RAMÓN MAGRE

POR "ADELANTE"

Suma anterior, 21.907'30 pesetas; donativo de Urcabell, Seriad y Vilaroya, 2'10; Tarragona: hoja número 20; J. Puig Almirall, 5; Juan Banús, 5; Prudencio Mata, 1; Ibars d'Urgell. Por sellos pro "Adelante", 20. Total, 21.940'40 pesetas.

BENICARLÓ

Domicilio del B. O. C.
Se pone en conocimiento de todos los Bloques Levantinos y del resto de la Península que actualmente nuestro domicilio social es: Marcelino Domingo, núm. 245.—Benicarló (Castellón).

con los otros sectores burgueses. Si nosotros hemos sido echados del Centro por querer conducirlos por un camino más izquierdista y más avanzado se comprenderá claramente que quienes han hecho y hacen el juego a los cavernícolas han sido los que dirigen el Centro con su política de claudicación y de cobardía. ¿Estamos?

Aquí en el pueblo todos nos conocemos. Y los trabajadores, de acuerdo con nosotros, sabrán distinguir cuáles son los que realmente defienden los intereses de los obreros y campesinos.

J. ITRR

Próximamente aparecerá

El Programa de Gotha

SUMARIO

I.—Introducción, por Jordi Arquer.
II.—Prólogo, por Joaquín Maurín.
III.—Prefacio de Fr. Engels.
IV.—Carta enviada por Marx a Bracke.
V.—Glosos marginales al Programa del Partido Obrero Alemán.

APENDICE

VI.—Los programas sucesivos del Socialismo Alemán:

1.—Programa de los Lassalleanos.
2.—Programa de los Marxistas.
3.—Programa de Gotha.
4.—Programa de Erfurt.

VII.—Dos cartas de Fr. Engels sobre el Programa de Gotha.

VIII.—Comentarios de Lenin al Programa de Gotha y a «La Crítica del Programa de Erfurt».

El libro constará de más de 200 páginas y se venderá al precio de pesetas 3'50.

Más de cinco ejemplares, el 25 por 100 de descuento.

posible y los distribuían por medio de suertes entre los que habían arriesgado su vida para conquistarlos.

La organización de la sociedad permite a la burguesía apoderarse de las riquezas sin que ninguno de sus miembros se vea obligado a arriesgar su vida: la toma de posesión de este colosal botín, sin experimentar peligros, constituye uno de los más grandes progresos de la civilización. Las riquezas arrebatadas a los productores no son distribuidas por medio de suertes, sino repartidas por medio de alquileres, rentas, dividendos, intereses y beneficios industriales y comerciales proporcionalmente al valor de la propiedad mueble o inmueble, o sea con arreglo a la importancia del capital que cada burgués posee.

La posesión de una propiedad, de un capital, y no de las cualidades físicas, intelectuales o morales, es la condición sine qua non para recibir una parte en la distribución de las riquezas; un muerto las posee, mientras que un vivo carece de ellas en tanto no tenga el título que le acredite de poseedor. La distribución no se realiza entre hombres, sino entre propietarios. El hombre es un cero; sólo se tiene en cuenta la propiedad.

Ha querido asimilar, equivocadamente, la lucha darwiniana que sostienen los animales entre sí para procurarse los medios de subsistencia y de reproducción con la que se ha desencadenado entre los burgueses para el reparto de riquezas. Las cualidades de fuerza, valor, agilidad, paciencia, ingenio, etc., que aseguran la victoria al animal son parte integrante de su organismo, mientras que la propiedad, que proporciona al burgués una parte de las riquezas que no ha producido, no está incorporada al individuo. Esta propiedad puede aumentar o disminuir y proporcionarle, por lo tanto, una parte mayor o menor de riqueza, sin que tal aumento o disminución sean motivados por el ejercicio de sus cualidades físicas o intelectuales. Todo lo más podría decirse de la bellaquería, la intriga y el charlatanismo; en una palabra, que las cualidades mentales más inferiores permiten al burgués apoderarse de una parte mayor que aquella que le autoriza a percibir su capital: en este caso está a sus colegas burgueses. Si la lucha por la vida puede ser, pues, en muchas circunstancias una causa de progreso para los animales, la lucha por las riquezas es una causa de degeneración para los burgueses.

La misión social de apoderarse de las riquezas producidas por los asalariados

hace de la burguesía una clase parásita: sus miembros no concurren a la creación de las riquezas, a excepción de algunos, cuyo número disminuye incesantemente. Aun en estos casos, el trabajo que proporciona no corresponde a la parte de riqueza de que se benefician.

Si el cristianismo, después de haber sido en los primeros siglos la religión de las multitudes mendigantes, que el Estado y los ricos mantenían mediante distribuciones diarias de víveres, se ha convertido en la religión de la burguesía, la clase parásita por excelencia, es que el parasitismo es la esencia del cristianismo. En el sermón de 11 Montaña, Jesús ha expuesto magistralmente su carácter. Allí formó el «Padre nuestro», la oración que cada fiel debe elevar a Dios para pedirle su «pan cotidiano», en vez de demandar trabajo, y a fin de que ningún cristiano digno de este nombre sea tentado de recurrir al esfuerzo para obtener los recursos necesarios para la vida, Jesús añadió: «Observad los pájaros del aire: no siembran ni recogen, y, no obstante, el Padre celestial les nutre... No os inquietéis, pues, y no preguntéis: ¿Qué comeremos mañana, qué beberemos, de qué nos vestiremos?... Nuestro Padre celestial conoce todas vuestras necesidades.» El Padre celestial de la burguesía es la clase de los asalariados manuales e intelectuales: ella es el Dios que satisface todos sus deseos.

Pero la burguesía no puede reconocer su carácter parásito, sin firmar al propio tiempo su decreto de muerte. Por eso mientras da rienda suelta a sus hambres de ciencia para que sin ser molestados por ningún dogma, se dediquen al estudio más libre y más profundo posible de las fuerzas de la Naturaleza, que aplica a la producción de las riquezas, impide a sus economistas, filósofos, moralistas, historiadores, sociólogos y políticos el «study» imparcial del problema social y les condena a buscar razones que puedan servir de justificación a su descomunal fortuna. Preocupados los sabios por la única fuente de las remuneraciones recibidas o a recibir, se han dedicado a investigar con gran empeño si por un afortunado azar las riquezas sociales tendrían otro origen además del trabajo asalariado, y han descubierto que el trabajo, la economía, el orden, la honradez, el saber, la inteligencia y muchas otras virtudes de los burgueses industriales, comerciantes o propietarios territoriales, banqueros, accionistas y rentistas, concurrían a su producción de una manera tan eficaz como el trabajo de los asalariados manuales e in-

tellectuales, y que por ello tenían el derecho de quedarse con la parte del león, no dejando a los otros más que la parte de la bestia de carga.

El burgués les oye sonriendo, porque hacen su elogio, y luego repite estos imprudentes asertos y los declara verdades eternas. Pero por muy pequeña que sea su inteligencia no puede admitirlos en su fuero interno, pues sólo ha de mirar en torno suyo para darse cuenta de que aquellos que trabajan durante toda su vida, si no poseen capital, son más pobres que Job, y que los que no poseen más que el saber, la inteligencia, la economía y la honradez, y que ejercen estas cualidades, deben limitar su ambición a la comida diaria, raras veces a nada más.

«Si los economistas, los filósofos y los políticos que tienen mucho ingenio y conocen la literatura no han podido, a pesar de sus concienzudas investigaciones, encontrar razones más adecuadas para explicar el origen de las riquezas de la burguesía, es que hay intriga en el asunto, es que hay causas desconocidas cuyos misterios no pueden sondearse.» Un «desconocimiento» del orden social se levanta ante el burgués.

Para tranquilidad de su orden social, el capitalista tiene interés en que los asalariados crean que las riquezas son el fruto de sus innumerables virtudes; pero, en realidad, está convencido de que constituyen una recompensa de sus cualidades como de que las trufas, que come tan vorazmente como el puerco, son setas cultivables. Una sola cosa le importa: es poseer dichas riquezas, y lo que le inquieta es suponer que un día pueda perderlas sin que sea suya la culpa. No puede evitarse esta desagradable perspectiva, pues aun en el estrecho círculo de sus conocimientos ha visto a individuos perder sus bienes, mientras otros que han vivido en la estrechez se vuelven ricos.

Las causas de estos reveses y de estas fortunas escapan a su inteligencia, lo mismo que a la de aquellos que los han experimentado. En una palabra, observa un continuo cambio de riquezas, que es para él del dominio de lo «desconocido», viéndose inducido a atribuir estos cambios de fortuna a la suerte, al azar.

No es posible esperar que el burgués llegue jamás a tener una noción positiva de la distribución de las riquezas, porque a medida que la producción mecánica se despersonaliza reviste la forma colectiva e impersonal de las sociedades por acciones, cuyos títulos acaban por ser arrastrados al torbellino de la Bolsa. Allí pasan de mano en

mano, sin que vendedores ni compradores hayan visto la propiedad que representan ni sepan exactamente el lugar geográfico en que se halla situada. Allí son cambiados, perdidos por unos y ganados por otros de manera tan paucificada al juego, que las operaciones de Bolsa llevan este nombre. Todo el desenvolvimiento económico moderno tiene cada día más a transformar la sociedad capitalista en un vasto establecimiento de juego, donde los burgueses ganan y pierden capitales por efecto de acontecimientos que ignoran, que escapan a toda previsión y a todo cálculo, y que parecen depender exclusivamente del azar. En la sociedad burguesa reina lo imprevisible, lo mismo que en una casa de juego.

El juego, que en la Bolsa se manifiesta sin disfraces, ha sido siempre una de las condiciones de vida del comercio y de la industria. Sus resortes son tan imprevisos y tan numerosos, que a menudo fracasan las operaciones más bien realizadas y mejor concebidas, mientras resultan acertadas otras emprendidas a la ligera. Estos aciertos o estos fracasos, debidos a causas inesperadas, generalmente desconocidas, parecen ser obra exclusiva del azar y predisponen al burgués al juego de la Bolsa, el cual aviva y fortifica esta disposición. El capitalista, cuya fortuna la tiene colocada en valores de Bolsa, que ignora el porqué de las alteraciones de precios y dividendos, es un jugador profesional. Y el jugador, que sólo puede atribuir sus ganancias o sus pérdidas a la suerte o a la fatalidad, es un individuo eminentemente supersticioso. Los habituales concurrentes a las casas de juego emplean todos estos mágicos encantos para conjurar la suerte: uno barbotea una oración a San Antonio de Padua o a cualquier santo, otro sólo apunta después de haber ganado determinado valor, otro conserva en la mano una pata de conejo, etc.

El burgués vive en completo desconocimiento del orden social, como el salvaje desconoce cuanto afecta al orden natural. Todos los actos de la vida civilizada, o casi todos, tienden a desarrollarse en el hombre el hábito supersticioso y místico propio del jugador de profesión. El crédito, por ejemplo, sin el cual no es posible el comercio ni la industria, es un acto de fe al azar, a lo desconocido, que hace quien lo presta, pues no tiene ninguna garantía positiva de que al vencimiento podrá cumplir sus compromisos, por cuanto la solvencia depende de mil y accidentes tan imprevisos como desconocidos.

Otros fenómenos económicos diarios insinúan en el espíritu burgués la creencia en una fuerza mística, sin base material, desprendida de toda substancia. El billete de Banco, por no citar más que un ejemplo, incorpora una fuerza social tan poco en relación con la limitada materia, que prepara la inteligencia burguesa a aceptar la idea de una fuerza que existiera independientemente de la materia. Este miserable pedazo de papel, que nadie se dignaría recoger no siendo su poder mágico, proporciona a quien lo posee cuanto hay de más material y deseable en el mundo civilizado: pan, carne, vino, casas, tierras, caballos, mujeres, salud, consideración y honores, etcétera, etc.; los placeres de los sentidos corporales y las satisfacciones del espíritu; Dios no haría más. La vida burguesa es un tejido de misticismo.

Las crisis del comercio y de la industria representan ante el amedrentado burgués enormes fuerzas, de irresistible poder, que siembran desastres tan espantosos como la cólera del Dios cristiano. Cuando estas fuerzas se desencadenan en el mundo civilizado, arruinan a los burgueses por millares y destruyen los productos y los medios de producción por valor de centenares de millones.

Los economistas registran desde hace un siglo su repetición periódica, sin poder emitir una hipótesis respecto a las causas que originan estas catástrofes. La imposibilidad de descubrir estas causas en la tierra ha sugerido a algunos economistas ingleses la idea de buscarlas en el sol, cuyas manchas, dicen, destruyendo por medio de la sequía las cosechas de la India, disminuyen sus medios de compra de las mercancías europeas y determinan las crisis. Estos sesudos sabios nos trasladan científicamente a la astrología de la Edad Media, que subordinaba a la conjunción de los astros los acontecimientos de las sociedades humanas y a la creencia de los salvajes en la acción de las estrellas errantes, de los cometas y de los eclipses de luna sobre sus destinos.

El mundo económico proporciona al burgués insaudables misterios, que los economistas se resignan a no profundizar. El capitalista, que gracias a sus sabios ha llegado a dominar las fuerzas naturales, queda tan pasmado ante los incomprensibles efectos de las fuerzas económicas, que las considera invencibles, como lo es Dios, y deduce que lo más prudente es soportar con resignación los desgracias que producen y aceptar con reconocimiento las ventajas que ocasionan. Como Job, dice:

«El Eterno me lo había dado, el Eterno me lo ha quitado; y bendito sea el nombre del Eterno.» Las fuerzas económicas le parecen fantásticas, como serían benéficas y maléficas.

Los terribles enigmas de carácter social que envuelven al burgués, y que, sin saber la causa, atentan a su comercio, a su industria, a su fortuna, a su bienestar y a su vida, son tan incomprensibles para él como lo eran para el salvaje los enigmas de carácter natural que estremecían y exaltaban su exuberante imaginación. Los antropólogos atribuyen a la brujería la creencia en el alma, en los espíritus y en Dios, del hombre primitivo, a su desconocimiento del mundo natural. La misma explicación es aplicable al hombre civilizado: sus ideas espiritualistas y su creencia en Dios deben ser atribuidas a su ignorancia del mundo social. La constante incertidumbre de su prosperidad y las ignoradas causas de su adversidad o de su fortuna predisponen a los burgueses a admitir, lo mismo que el salvaje, la existencia de seres superiores que, según sus fantasías, obran sobre los fenómenos sociales, para que sean favorables o desfavorables, como dicen Teognis y los libros del Antiguo Testamento. Por esto, con objeto de tenerlos propicios, se entregan a la práctica de la más grosera superstición, comunican con los espíritus del otro mundo, encienden velas a las santas imágenes y hacen oración al Dios trino de los cristianos o al Dios único de los filósofos.

Viviendo en plena Naturaleza, el salvaje se halla impresionado en primer término por los enigmas de orden natural que, por el contrario, afectan muy poco al burgués, el cual sólo conoce una Naturaleza decorativa, raquítica, familiar. Los numerosos servicios que la ciencia le ha prestado para enriquecerle, y los que todavía espera de ella, han hecho nacer en su espíritu una fe ciega en su poder, hasta el punto de no abrigar la menor duda de que acabará por resolver un día los enigmas de la Naturaleza y hasta por prolongar indefinidamente su vida, según promete M. Metchnikoff, el microbomaniaco. Pero no ocurre lo mismo con los enigmas del mundo social, únicos que le preocupan, los cuales considera incomprensibles. El desconocimiento de estos enigmas del orden social, y no los del orden natural, es lo que insinúa en su cabeza, poco imaginativa, la idea de Dios, que no ha tenido el trabajo de inventar, pues la ha encontrado a punto para ser apropiada.

FABLO LAFARGUE

(Continuará.)

El "putsch" anarquista y la táctica revolucionaria

Otra vez la F. A. I. se ha lanzado a la práctica de sus experimentos de Revolución Social. Otra vez los hombres de corazón sensible se han echado a la calle y han repetido el 8 de Enero, pero corregido y aumentado. Y otra vez, como aquel 8 de Enero este 8 de Diciembre coincide a más del día, en el hecho de que favorece y esta vez más que la otra a la contrarrevolución, la cual ya tiene una base sólida para realizar una amplia campaña de represión contra la clase trabajadora en general.

La F. A. I. con un infantilismo suicida, con una irresponsabilidad absoluta se lanza a una acción "putschista". La F. A. I. ha hecho un movimiento "putschista" y el "putschismo", el blanquismo y en general todo intento revolucionario basado en un complot de unos cuantos individuos aislados de las masas, sin ser sentido por éstas, sin la intervención de ejército y sin tener en cuenta la situación objetiva del momento que se escoge, ha pasado ya a la historia. Es un método revolucionario del siglo pasado, y por lo tanto, desplazado de actualidad en la lucha moderna. El anarquismo no es en cuestión otra cosa que una utopía hija de la opresión que sufrían las clases pequeño burguesas de fines del siglo pasado; por tanto estos viejos métodos revolucionarios tan combatidos por Marx y Engels, han recibido su más duro golpe en la Revolución Rusa de Octubre, en la cual se demostró que el proletariado dirigido por Lenin, síntesis concreta de Marx y Engels, logra hacer práctica la más grande revolución que registra la historia de la humanidad. El leninismo substituye al putschismo y al blanquismo.

Marx, en su libro "Revolución y Contrarrevolución en Alemania" decía, "La insurrección es un arte como la guerra, y como las demás artes está subordinada a ciertas reglas, cuyo olvido lleva a la derrota al partido que se ha hecho culpable de no observarlas. Estas palabras, aún después del tiempo transcurrido desde que las trazara la genial pluma de Marx, no han perdido nada de su actualidad. Se pueden aplicar íntegramente a la F. A. I. Esta olvidando toda regla revolucionaria ha ido de descaballo en descaballo, de derrota en derrota y lo más notable del caso es que sus dirigentes parecen no haber aprendido nada.

Si definimos a la insurrección armada como "la forma superior de lucha del proletariado" comprenderemos su extraordinaria importancia, y, por lo tanto, la necesidad de una metódica preparación sin la cual la revolución nace ya muerta.

Por su gran importancia merece ser citado el siguiente pasaje de Lenin: "Para ser coronada por el éxito, la insurrección debe apoyarse no en un complot, ni en un partido, sino en la clase avanzada. Este es el primer punto. La insurrección debe apoyarse en el empuje revolucionario del pueblo. He aquí el segundo punto. La insurrección debe estallar en el apogeo de la revolución ascendente, es decir, en el momento en que la actividad de la vanguardia del pueblo es mayor, cuando son más fuertes las vacilaciones de los enemigos y de los amigos débiles, equívocos e indecisos de la revolución. Este es el tercer punto."

Lenin, el gran estratega revolucionario, el más grande caudillo que registra la historia, describe con su maravillosa sencillez los tres puntos fundamentales para toda revolución. Ligazón de las masas, período ascendente de la revolución y debilidad en el enemigo.

Sobre el primer punto Lenin escribía: "Si la revolución no arrastra a las masas y no abarca al ejército no puede ser causa de una lucha seria."

El grupo de la F. A. I. se lanza a la lucha sin contar ni con las masas ni con el ejército. Más bien contra las masas trabajadoras y contra el ejército (bombas de la plaza Padró y del cuartel de Atarazanas). Así, pues, el movimiento de la F. A. I., falto de base, está condenado al fracaso.

Una revolución está en período ascendente cuando el empuje de las masas agrupadas en compacto frente único, es tal, que obliga a la clase históricamente antagonista a repliegarse a la defensiva.

La clase trabajadora se halla dividida en multitud de organizaciones. El actual momento político es el menos a propósito para una revolución, pero la F. A. I., al igual que el P. O. usan lentes de imágenes invertidas...

Por otra parte, la burguesía está más segura y más fuerte que nunca, y la pequeña burguesía, la clase media, asustada por el estúpido terrorismo fascista, se agrupan en torno de los derechos pidiendo un gobierno fuerte que suprima con mano dura todo intento revolucionario, y que devuelva la tranquilidad al país.

Como se ve, la situación objetiva es la más favorable para hacer la revolución. Pero la F. A. I. es incorregible. No puede comprender que una revolución no se improvisa, sino que ésta es la expresión suprema de un proceso revolucionario que ha ido desarrollándose en el seno del pueblo y que termina con la toma del Poder Político por la masa trabajadora.

El momento actual no es el propicio para atacar. El verdadero revolucionario es, no aquel que se lanza a tonterías y a locas, sino aquel otro que por el contrario sabe esperar el momento oportuno para dar el golpe terrible, fatal que ha de derrocar al régimen capitalista.

Así, pues, el pueblo trabajador debe esperar, esperar y agruparse en un amplio Frente único de clase. El momento decisivo no tardará en llegar.

¡Obreros, soldados, campesinos! ¡No os lancéis a insurrecciones suicidas, ni a complots fracasados ya de antemano! Esperar, reservar vuestras preciosas energías para el momento propicio en que deba darse al capitalismo el golpe decisivo. Mientras tanto sé un ferviente defensor y un caluroso propagandista del Frente Único. Sólo así será posible el triunfo de la clase trabajadora.

Una vez más, frente a las viejas y caducas doctrinas revolucionarias de Bakunin se levantan más firmes que nunca los principios de la estrategia revolucionaria marxista que sentaron los gloriosos trabajadores del Octubre rojo.

PABLO CUENCA

Juventud Comunista Ibérica

El próximo domingo, día 24, a las 7 en punto de la tarde, y en el local central del B. O. C., Palau, 6, pral., se celebrará un

GRAN MITIN

para señalar nuestra posición ante el avance de la reacción fascista. Hablarán:

- Rosa Morelló
- Pablo Cuenca
- Luis Noé
- Francisco Gelada
- Lorenzo Masferrer
- Jaime Miravittles
- y Wilbaldo Solano que presidirá.

Jóvenes obreros, ¡asistid!

En el momento actual

Cuando las circunstancias imponen la táctica del Frente Único, cuando ya el Frente Único es una realidad, cuando más necesaria es una labor seria de preparación de la clase trabajadora para vencer, la F. A. I. que no quiere sinceramente el frente de lucha común, con una heroicidad que nosotros reconocemos, pero que no dejamos de censurar por ser suicida, se lanza a la calle para implantar su comunismo libertario.

Una crítica implacable y sincera debe ser hecha después del fracaso de este segundo 8 de Enero. Los anarquistas se pasan la vida haciendo insurrecciones, tristes golpes de mano que sólo sirven luego para justificar las represiones más violentas de la reacción, y cuando estos intentos han fracasado se pasan el tiempo llorando, hablando de mártires caídos, de la sangre proletaria derramada, de camaradas presos y... pidiendo, implorando con más bien con voz lastimera la Amnistía. Camaradas, que con su táctica estúpida no supieron llevar al combate junto con todos sus hermanos de clase, que separados han sido y serán vencidos y muertos, fuertemente unidos en el combate, en la lucha final sabrían hacerse matar si era preciso para vencer.

Basta ya de tácticas suicidas y de consignas erróneas. Habiéis sido vencidos, seguid el consejo de Lenin que decía que es a costa de derrotas como se forjan luego las victorias y sacad de vuestra derrota de hoy provechosas

enseñanzas para el mañana y luego unidos, juntos con vuestros hermanos de clase y de lucha, los comunistas y los socialistas han de llevarnos por el camino brillante de la victoria.

Frente común en el combate, en la lucha de calle, de fábrica, de taller para triunfar o de lo contrario la reacción al triunfar nos obligará a uniros en la desesperación, en la cárcel y también en la fosa común.

La Juventud Comunista Ibérica, todo dinamismo, todo ansia de lucha y de vencer, dice y repite una vez más: ¡Camaradas anarquistas, sinceramente, si es que con esta dura lección habéis aprendido algo, venid a nuestro lado, al lado de todos vuestros hermanos de clase y de lucha para emprender juntos el movimiento que ha de llevarnos al triunfo del movimiento proletario.

Dejemos de lado la retórica y la literatura y pasemos decididamente a la acción de conjunto. Que las fábricas, campos y talleres se conviertan en fortalezas de la revolución, que nuestros oradores lo invadan todo con su palabra cálida y fraternal y detrás de los partidos y organizaciones del proletariado marchará unida y cohesionada toda la clase obrera que ansía luchar y que no puede hacerlo porque no ha existido hasta hoy la unión sagrada e imprescindible de los que se proponen vencer.

¡Frente Único para luchar y para vencer en la batalla final!

La Juventud Comunista debe trabajar en los Sindicatos

Indiscutiblemente, durante los tres años de nuestra actuación como partido obrero hemos sido los que hemos lanzado las consignas justas y claras que a la clase obrera le convenían para la defensa de ella misma y para impulsar la revolución hacia adelante.

En el terreno político hemos llegado a forjar después de grandes actuaciones un partido que en momentos difíciles para la clase trabajadora ha sido y será el guía que le conducirá a la victoria contra la burguesía. La burguesía reaccionaria de la Liga, los Cambó, Gil Robles y Maciá ven el peligro que representa el B. O. C. por sus posiciones conquistadas a costa de la mucha sangre obrera y se dispone a cerrarle el paso; la burguesía ve que si el B. O. C. sigue por el camino trazado por nuestros congresos, no tardaremos en ser el gran partido de toda la clase obrera, que seriamente pasaría a aplastar a toda la burguesía, tanto de derecha como de izquierda. Sin embargo, nosotros los componentes de las juventudes comunistas trabajamos para hacerles fracasar en sus planes y lo lograremos. Para ello nuestro radio de acción tiene que llegar a los organismos sindicales; y nuestros militantes han actuado de una manera muy cómoda en los sindicatos.

¡Camaradas!, hay que convencerse que en el terreno sindical somos la J. C. quien tenemos que dar la batalla en los sindicatos. Nuestros camaradas militantes de la F. C. I., casi en general, son viejos sindicalistas, cansados de luchas sindicales, son militantes curtidos en el terreno sindical. Por tanto, camaradas, las juventudes tienen un gran papel a desempeñar en el terreno sindical. Dentro de los sindicatos, es allí donde tenemos que dar a la juventud las consignas de lucha por el triunfo de la revolución. En el sindicato es donde se encuentran grandes masas juveniles. La juventud obrera es imprescindible que luche por la conquista de sus

reivindicaciones para mejorar su situación económica y nuestro deber es ir adonde se encuentra la juventud trabajadora; hay que acabar con la tertulia de grupitos, siempre en nuestro círculo vicioso de partido, abandonar nuestros locales cuando nada tengamos que hacer en ellos y trabajar en los locales de los sindicatos. Es allí donde nos llama nuestra actividad.

Jóvenes camaradas, luchando en el sindicato conseguimos ponernos en el plano que nos corresponde como revolucionarios; haciéndolo así confiamos poder cumplir al mismo tiempo con nuestro deber de comunistas.

¡Camaradas! ¡Jóvenes Comunistas! En nuestros congresos nos marcamos una línea sindical. Luchemos, pues, dentro del sindicato por el cumplimiento de nuestra consigna.

La juventud obrera cuando la monarquía luchaba con una valentía muy digna de encomio, pero falta de una guía de lucha juvenil no había logrado hacerse respetar sus consignas; como jóvenes sus luchas siempre se confundían con las de los mayores sin tocar ellos el mínimo provecho. Nosotros, la juventud comunista, tenemos el deber de guiar a los jóvenes por el camino de la revolución social.

¡Por las secciones juveniles dentro de los sindicatos!

¡Por la formación de cuadros juveniles!

¡Por Escuelas de aprendizaje gratuitas para los obreros y pagadas por los patronos!

JUAN ROCABERT

Socorro Rojo

Lista de suscripción de las 5.000 pesetas. Sabadell: Josep Porta, 1 peseta; T. V., 1; M. P., 1; M. L., 1; M. R., 1. Total, 5 pesetas.

Por el Frente Único contra el peligro fascista

Dicen que en el mundo existen miles de pueblos, miles de razas, miles de hombres diferentes. Nosotros, comunistas, no creemos en esa monstruosidad. Simplifiquemos la verdad. En el mundo única y exclusivamente existen dos pueblos, dos razas, dos clases de hombres. Dos polos completamente opuestos: El proletariado y la burguesía. Al margen de estos dos pueblos, de estas dos razas nacen y viven una cantidad de seres, de organizaciones, derivadas del régimen burgués, cuya única misión es atenuar el choque, la acción del proletariado contra la burguesía.

Llega un día en que la lucha cotidiana de los dos enemigos, de las dos razas, se plantea de una manera apremiante: O la clase explotadora destruye de una vez para siempre al proletariado, o éste destruye y aniquila a la burguesía.

Esta es la eterna manera de plantearse la lucha de clases. Así se planteó en Rusia. Así se planteó en Italia; así se planteó en Alemania y así se ha planteado recientemente en España.

Pero a pesar de las crudas experiencias de Italia y Alemania, aquí ha sucedido o ha podido suceder lo mismo:

El proletariado consumido por sus luchas internas, por los agentes provocadores introducidos en algunas de sus organizaciones (P. O., F. A. I.) no ha comprendido, no se ha dado cuenta de la importancia decisiva que encarnaban las elecciones del día 19, y ha depositado, ha vuelto a depositar toda su confianza en las organizaciones pequeño burguesas; en las organizaciones y hombres que nacen y viven al

margen de la lucha de las dos fuerzas; las cuales, impelidas por la grandeza, por la violencia del choque que se avecinaba se vieron desplazados del campo de acción y fueron a formar al lado de la burguesía.

Aquello fué un error, un gravísimo error, que pudo conducir a la destrucción de la clase trabajadora española, si los obreros de Madrid, en la segunda vuelta electoral, al observar fijas en ellos, miles y miles de miradas de otros tantos proletarios, no hubieran comprendido la gran importancia de la lucha que se desarrollaba y formaran en la práctica el Frente Único, venciendo al fascismo.

En aquellos momentos, la clase trabajadora madrileña señalaba a toda la clase trabajadora española el camino a seguir: La realización del Frente Único.

Algunas organizaciones obreras y campesinas se han apresurado a cristalizar, a formar el Frente Único contra la reacción, agrupando en torno suyo la casi totalidad del proletariado catalán.

El momento — lo repetimos una vez más — es grave, sumamente difícil. Se avecinan batallas de gran envergadura en las que la juventud, por consecuencia histórica irrefutable, la enteradora del capitalismo, demostrará, efectivamente, su temple de lucha.

¡Camaradas! ¡No nos apartemos de nuestro camino ya de antemano trazado! ¡No forcemos el ritmo de los acontecimientos!

¡Juventud obrera, en pie!
¡Por la revolución!

MIGUEL PEDROLA

A la lucha, camaradas

Ante nosotros se abre un amplio horizonte si sabemos uniros y la más negra reacción albiramos si la unión no se lleva a cabo.

A luchar, pues, de una manera rápida y activa por que el Frente Único sea una realidad. Que cada fábrica, cada taller, cada oficina sea el cuarto de guardia de la Revolución, que en todos los lugares de trabajo reine la más estrecha unión entre todos los obreros y así sabremos reconocer en aquellas que no quieren el Frente Único a los ene-

arados nos anime, que el clamor de la fábrica que ahora parece un grito de angustia se transforme en un canto viril de libertad. Juntemos nuestras fábricas, talleres y campos a las fábricas, talleres y campos de todos nuestros hermanos de Iberia y juntos luchemos; que cada calle se transforme en un campo de batalla, cada casa en un baluarte de la Revolución.

Unidad proletaria, Frente Único, he aquí lo que nos falta para poder triunfar, para que lo que la pluma describa, la fuerza de la clase trabajadora unida imponga. ¡Unámonos, camaradas! Sólo así podremos vencer, sólo así la reacción será aplastada ante el empuje del proletariado.

Comunistas, Anarquistas, Socialistas, Sindicalistas, obreros todos, ¿qué anhela sino vencer? Pues para vencer debemos uniros y sólo entonces, cuando marchemos unidos podremos cantar la canción de libertad y de esperanza. Ahora debemos contentarnos con gemir bajo el peso de nuestra más odiosa y negra explotación.

LORENZO MASFERRER

Comisión Central pro "Adelante"

Todos los B. O. C. que tengan números de la rifa del busto de Lenin, tendrán que liquidarlos lo más pronto posible, a fin de ir a la realización del sorteo.

LA COMISION

Listas que no se publicaron en LA BATALLA:

Hoja núm. Francisco Manubens, 25 pesetas. Hoja núm. Rodríguez, 11.

Tir. Cosmos.—Urgel. 42. Teléf. 32457.—Barcelona

Resolución sobre la cuestión sindical, adoptada por el II Congreso de la Juventud Comunista

A partir de este número en nuestro semanario y en esta página aparecerán de una manera continua la resoluciones adoptadas en el II Congreso de la Juventud Comunista Ibérica.

EL COMITE EJECUTIVO

El movimiento sindical en España está atravesando una grave crisis. El mosaico de organizaciones de defensa económica existente es una demostración palpable de que en nuestro país y en tan grave cuestión aún continuamos en la práctica de las tácticas sectaristas que tan desastrosos resultados están dando al proletariado mundial.

Por una parte, la Confederación Nacional del Trabajo deja de ser la gran central sindical revolucionaria, orgullo del proletariado español, para, en manos de la F. A. I., convertirse en un esqueleto de organización que va dando tumbos y vueltes sirviendo en infinidad de veces los intereses de nuestros propios explotadores.

La Unión General de Trabajadores, la otra central importante, ligada estrechamente al Partido Socialista, también ocupa en las mismas cuestiones posiciones más reformistas que la propia socialdemocracia.

Indiscutible que en la base de las dos organizaciones hay miles de trabajadores que luchan o creen luchar por el triunfo de la Revolución, pero

como organizaciones, debemos proclamar de las dos que no sólo no cumplen su cometido, sino que su actuación beneficia en mucho a la burguesía.

Infinidad son los sindicatos al margen de la U. G. T. y la C. N. T. A más de los que habiendo estado agrupados en alguna de ellas han sido desplazados por el sectarismo nada proletario de los dirigentes, hay muchos sindicatos que son autónomos desde su fundación. Nuestra posición es contraria a la existencia del sindicato autónomo. Sólo lo podemos admitir en circunstancias excepcionales.

Cuando decimos, precisamente, que ya no es la hora de la lucha de grupos, sino del frente obrero, no podemos considerar aceptable que el movimiento sindical quede fraccionado tantas veces como diferentes ramas tiene la producción, pero es muy comprensible que subsistan y aun aumenten mientras no haya un movimiento sindical responsable que respete a toda por igual y que practique una sincera libertad de tendencias.

En Cataluña, nace precisamente ahora este movimiento que está llamado a hacer la verdadera unidad sindical. El frente único de Gas y Electricidad y el Frente único Mercantil y los acuerdos "tomados" por la Conferencia de Sindicatos Autónomos y Expulsados

de la C. N. T. marcan precisamente la primera etapa que ha de llevarnos a la unidad.

El Sindicato, que debería ser la organización que fundiera en la lucha contra la burguesía los esfuerzos de todas las tendencias proletarias, no tan sólo no realiza esto, sino que en las luchas de carácter sindical es donde se producen los choques de posición más fuertes en perjuicio de la clase en general.

La diferencia de ideología no lleva continuamente a no poderlos entender ni en las luchas económicas y por reivindicaciones inmediatas cuando éstas son las que más posibilidades nos dan de realizar esta unidad de acción sin que tuviese nadie que ceder en nada de su finalidad de lucha.

Este concepto del sindicato debe llevarse como consigna entre la juventud que, limpia de prejuicios doctrinales, es la única que puede comprenderlos y asimilárselos.

Una demostración de que entre los adultos no tiene adeptos esta concepción sindical, es la situación de las más importantes centrales sindicales españolas — C. N. T. y U. G. T. — que la vieja generación ha permitido degenerar en instrumentos de tendencia y quedarán no tan sólo dirigidos a perpetuidad sino monopolizados por la F. A. I. y el P. S. respectivamente.

Como síntoma prometedora de una rectificación debemos resaltar los hechos señalados anteriormente en los que se ha dejado todo sectarismo y se ha formado el Frente Único, habiendo dado estos hechos la razón a la buena

interpretación político-sindical que ha venido señalando nuestro partido.

Es precisamente con el nuevo movimiento sindical que hemos señalado anteriormente, que parece despertar nuestro partido en esta cuestión de tanta importancia.

Pero nuestra incorporación nos da una gran responsabilidad. Hasta hoy, los militantes de nuestra organización han tenido también un concepto equivocado de la lucha sindical.

No hemos de considerar nunca a los Sindicatos solo como a campo de propaganda y proselitismo político. El Sindicato juega un gran papel en la lucha de clases y en nuestro camino hacia la Revolución es el insustituible complemento de partido.

Debemos darle la importancia que realmente tiene, y deber nuestro es ir a él estudiando y comprendiendo sus luchas y los problemas de clase.

No haremos nunca un buen trabajo sindical si creemos que en la dirección de los sindicatos sólo es de comunista actuar en propagandista de las consignas del partido. Eso, que es nuestro, no basta para ser dirigente responsable de una organización donde deben tener la puerta abierta los obreros de todas las tendencias revolucionarias.

Nosotros, los más sinceros y entusiastas defensores de la democracia sindical, no podemos olvidar nuestros deberes en este aspecto.

Comprendamos y sintamos el Sindicato y no sólo trabajemos en él para nosotros, sino que también debemos luchar por el mismo.

La importancia de la juventud en la lucha sindical tampoco ha merecido la atención de los dirigentes de la U. G. T. y la C. N. T.

La juventud, que debe encontrarse en la vanguardia en todos los aspectos de la lucha proletaria, no tiene para ellos ninguna importancia particular. Fundida en el sindicato con los adultos, sus posibilidades especiales de lucha, sus necesidades y problemas quedan por completo, al asimilarse al resto de los militantes, mixtificadas, sin la consistencia con que son sentidos.

Consecuencia de ser incomprendida es el aislamiento en que se encuentra de la lucha.

Nosotros, jóvenes comunistas que hemos proclamado la importancia del sindicato, debemos preocuparnos de llevar a él toda la juventud trabajadora, tan necesitada de mejorar su situación moral y económica.

Si algún ensayo se ha hecho de organización juvenil dentro de los Sindicatos ha sufrido los mismos errores que la de los adultos. El sectarismo ha presidido su actuación y finalmente ha sido su enterrador.

En nuestro I Congreso nos pronunciamos decididos a crear Secciones juveniles en aquellos sindicatos que se rigieran en un sentido de democracia.

Hasta ahora no ha podido ser realizada esta consigna. Ya hay secciones juveniles creadas. La campaña de creación de estas secciones irá lógicamente ligada al movimiento sindical que ha iniciado nuestro Partido.

La situación especial en que se encuentran los obreros parados merece,